

primera insignia, y por mas que el Alferéz resistió con toda su fuerza, se hizo pedazos. Una ráfaga de viento esparció las víctimas que estaban puestas en el altar, y las arrojó sobre los términos de la delinación ó demarcación que tenia hecha. Estos mismos términos ó hitos vinieron unos lobos, los desordenaron, y se los llevaron lejos. A pesar de todo esto, disponiendo y arreglando las cosas en solos setenta dias, volvió á Roma, por saber que á Fulvio traía apurado Druso, y que sus negocios pedian se hallase presente. Porque Lucio Opimio, varon inclinado al gobierno de pocos, y de grande influjo en el Senado, aunque al principio sufrió repulsa pidiendo el Consulado cuando Cayo protegió á Fanio y contribuyó al desaire de aquel; contando entonces con el favor de muchos, se tenia por cierto que saldría Consul, y que siéndolo tiraría á arruinar á Cayo; estando ya en cierta manera marchito su poder, y satisfecho el pueblo de disposiciones como las suyas, por ser muchos los que se habian dedicado á afectar popularidad, y haberse mostrado condescendiente el Senado.

Vuelto, lo primero que hizo fue trasladar su habitación desde el palacio al barrio debajo de la plaza, como mas plebeyo, por hacer la casualidad que viviesen allí la mayor parte de los pobres é infelices. Despues propuso las leyes que restaban para hacer que se votasen; pero habiendo concurrido grande gentío de todas partes, movió el Senado al Consul Fanio á que, fuera de los Romanos, hiciera salir á todos los demas. Como se echase pues acerca de esto un pregon extraño y nunca antes usado; para que en aquellos dias no se viera en Roma ninguno de los confederados y amigos; Cayo publicó en contra un edicto, en el que acusaba al Consul, y prometia proteger á los confederados si permaneciesen; pero no hubo tal proteccion; y antes habiendo visto

que á un huesped y amigo suyo lo llevaban preso los lictores de Fanio, pasó de largo, y no hizo nada en su defensa; bien fuese por temor de que se viera que le faltaba el poder, ó bien porque no quisiese ser, como decia, quien diese á los enemigos la ocasión que buscaban de contender y venir á las manos. Ocurrió tambien el haberse puesto mal con sus colegas por esta causa. Iba á darse al pueblo en la plaza un espectáculo de gladiadores, y los mas de los magistrados habian formado corredores al rededor para arrendarlos. Dióles orden Cayo de que los quitaran para que los pobres pudieran ver desde aquellos mismos sitios de balde; y como no hiciesen caso, aguardando á la noche antes del espectáculo, y tomando consigo á los operarios que tenia á su disposición, echó abajo los corredores, y al día siguiente mostró al pueblo el sitio despejado; con lo cual para con la muchedumbre bien se acreditó de hombre que tenia entereza; pero disgustó á sus colegas, que le tuvieron por temerario y violento. De resultas de esto parece que le quitaron el tercer tribunado: porque si bien tuvo muchos votos, los colegas hicieron injusta y malignamente la regulacion y el anuncio, aunque esto quedó en duda. Lo cierto es que llevó muy mal el desaire, y á los contrarios que se le rieron, se dice haberles respondido con mas aire del que convenia, que reian con risa sardónica, por no saber cuán espesas tinieblas les habia preparado con sus providencias.

Lograron sus contrarios elegir Consul á Opimio, y propusieron la abrogacion de la mayor parte de sus leyes, alterando tambien lo que habia dispuesto acerca de Cartago, con ánimo de irritarle y de que diese ocasión de justo enojo para acabar con él. Aguantó por algun tiempo; pero instigándole los amigos, y sobre todo Fulvio, volvió á tratar de reunir á los que con él habian de hacer frente al Consul. Dícese

que para esto tomó parte la madre en la sedición, asalariando con reserva gentes de afuera, y enviándolas á Roma como segadores, sobre lo que escribió al hijo cartas con expresiones enigmáticas; pero otros dicen que todo esto se hizo con absoluta repugnancia de Cornelia. El día en que Opimio había de hacer abrogar las leyes, de una y otra parte ocuparon desde muy temprano el capitolio. Había hecho sacrificio el Consul, y llevando uno de sus lictores llamado Quinto Antulio las entrañas de las víctimas á otra parte, dijo á los que estaban con Fulvio: haced lugar á los buenos, malos ciudadanos. Algunos dicen que al mismo tiempo que pronunció esta expresión mostró el brazo desnudo de un modo que lo tomaron á insulto. Muere pues al punto Antulio en aquel sitio herido con unos punzones largos de los que se usaban para escribir, hechos expreso, segun se decia, para aquel intento. Alborotóse la muchedumbre con aquella muerte; pero la situación de los caudillos fue muy diferente, porque Cayo se irritó sobremanera, y trató mal á los de su partido por haber dado á sus enemigos la ocasión que hacia tiempo deseaban; y Opimio, tomando de aqui asidero, cobró osadía, é inflamó al pueblo á la venganza.

Sobrevino en esto una lluvia, y por entonces se separaron; pero á la mañana siguiente, convocando el Consul el Senado, se puso dentro á dar audiencia; y otros, colocando el cuerpo de Antulio desnudo sobre una camilla, lo llevaron de intento por la plaza á la curia con gritos y lloros, siendo de ello sabedor Opimio, aunque aparentaba maravillarse, en términos que los Senadores salieron á ver lo que pasaba. Puesta la camilla en medio, algunos se lamentaban como en una grande y terrible calamidad; pero en los mas no excitaba aquel alboroto mas que odio y abominación contra unos cuantos oligarquistas, que habian sido los que habian dado muerte en el capitolio á Tiberio

Graco, siendo Tribuno de la plebe, y habian arrojado al rio su cadaver, cuando ahora el ministro Antulio, que quizá habia sido muerto injustamente, pero no habia dejado de dar gran motivo para aquel suceso, yacia expuesto en la plaza, y le hacia el duelo el Senado de los Romanos, lamentándose y presidiendo la pompa fúnebre de un miserable asalariado, con el objeto de acabar con los pocos defensores del pueblo que quedaban. Entrando otra vez despues de esto en el Senado, encargaron por decreto al Consul Opimio que salvara la ciudad como pudiese, y destruyera los tiranos. Previno este á los Senadores que tomaran las armas, y dió orden á los caballeros para que á la mañana temprano trajera cada uno dos esclavos armados. En tanto Fulvio se preparaba tambien por su parte y juntaba gente; pero Cayo, retirándose de la plaza, se paró ante la estatua de su padre, y habiendo estado largo rato con los ojos puestos en ella sin proferir ni una palabra, pasó de allí llorando y sollozando. A muchos de los que vieron este espectáculo les causó Cayo la mayor lástima, y culpándose á sí mismos de abandonar y hacer traición á un ciudadano como él, corrieron á su casa, y pasaron la noche ante su puerta, de muy distinta manera que los que custodiaban á Fulvio. Porque estos la gastaron en vocerías y gritos desordenados, bebiendo y echando bravatas; siendo Fulvio el primero á embriagarse y á hacer y decir mil disparates contra lo que exigia su edad, al mismo tiempo que los que acompañaban á Cayo, deplorando la comun calamidad de la patria, y considerando lo que amenazaba, estuvieron en la mayor quietud, haciendo la guardia y descansando alternativamente.

Al amanecer les costó gran trabajo despertar á Fulvio, á quien todavía tenia dormido el vino, y armándose con los despojos que conservaba en casa, y eran los que habia tomado cuando siendo Consul

venció á los Galos, marcharon con grandes amenazas y alboroto á tomar el monte Aventino. Cayo no quiso armarse; sino que iba á salir en toga como si fuera á la plaza, sin llevar mas que un puñalejo. Al salir se le echó á los pies su muger en la misma puerta, y deteniendo con una mano á él y con otra al hijo: "no te envío, ó Cayo, exclamó, á la tribuna, Tribuno de la plebe ó legislador como antes, ni tampoco á una guerra gloriosa, para que aun cuando te sucediera una desgracia, me dejaras un honroso duelo; sino que vas á ponerte en manos de los matadores de Tiberio: desarmado está bien para que en caso antes sufras males que los causes; pero vas á perecer sin ningun provecho para la república. Domina ya la maldad, y á los juicios solo presiden la violencia y el yerro. Si tu hermano hubiera perecido en Numancia, nos habria sido entregado muerto en virtud de un tratado; pero ahora acaso tendré yo tambien que hacer plegarias á algun río ó al mar para que me digan dónde está detenido tu cuerpo: porque ¿qué confianza hay que tener ni en las leyes ni en los dioses despues de la muerte de Tiberio?" Mientras así se lamentaba Licinia; Cayo se desprendió suavemente de sus abrazos, y marchó en silencio con sus amigos. Quiso aquella asirle de la ropa; pero cayó en el suelo, donde estuvo mucho tiempo sin sentido, hasta que levantándola desmayada sus sirvientes, la condujeron á casa de Craso su hermano.

Fulvio luego que estuvieron todos juntos, persuadido por Cayo, envió á la plaza al mas joven de sus hijos con un caduceo. Era este mancebo de gracioso y bello aspecto; y entonces presentándose con modestia y rubor, los ojos bañados en lágrimas, hizo proposiciones de paz al Consul y al Senado. Los mas de los que allí se hallaban oyeron con gusto hablar de conciertos; pero Opimio respondió que no

pensaran mover al Senado por medio de mensajeros; sino que como ciudadanos sujetos á haber de dar descargos, bajaran ellos mismos á ser juzgados, entregando sus personas é implorando clemencia; y al joven le dió orden de que bajo esta condicion volviese, y no de otra manera. Por lo que hace á Cayo queria, segun dicen, ir y hablar al Senado; pero no conviniendo en ello ninguno de los demas, volvió Fulvio á enviar á su hijo con las mismas proposiciones que antes; pero Opimio, apresurándose á venir á las manos, hizo al punto prender al mancebo, y poniéndolo en prision, marchó contra Fulvio y los suyos con mucha infantería y ballesteros de Creta; los cuales tirando contra ellos é hiriendo á muchos, los desordenaron. En este desorden Fulvio se refugió á un baño desierto y abandonado; pero hallado al cabo de poco, fue muerto con su hijo mayor. A Cayo nadie le vió tomar parte en la pelea; sino que no sufriendole el corazon ver lo que pasaba, se retiró al templo de Diana; donde queriendo quitarse la vida, se lo estorbaron dos de sus mas fieles amigos, Pomponio y Licinio: porque hallándose presentes le arrebataron de la mano el puñal, y le exhortaron á que huyese. Dícese que puesto allí de rodillas, y tendiendo las manos á la Diosa, le hizo la súplica de que nunca el pueblo Romano por aquella ingratitude y traicion dejara de ser esclavo. Porque se vió que la muchedumbre le abandonó á causa de habérseles ofrecido por bando la impunidad.

Entregóse Cayo á la fuga; y yendo en pos de él sus enemigos, le iban ya á los alcances junto al puente Sublicio: entonces dos de sus amigos le excitaron á que apresurase el paso y ellos en tanto hicieron frente á los que le perseguian, y pelearon delante del puente, sin dejar pasar á ninguno hasta que perecieron. Acompañaba á Cayo en su fuga un esclavo

llamado Filócrates; y aunque todos, como en una contienda, los animaban, ninguno se movió en su socorro, ni quiso llevarle un caballo, que era lo que pedia, porque tenia ya muy cerca á los que iban contra él. Con todo se les adelantó un poco, y pudo refugiarse en el bosque sagrado de las Furias, y allí dió fin á su vida quitándose la Filócrates, que despues se mató á sí mismo. Segun dicen algunos aun los alcanzaron los enemigos con vida; pero el esclavo se abrazó con su señor, y ninguno pudo ofenderle hasta que acabó traspasado de muchas heridas. Refiérese tambien que no fue Septimuleyo, amigo de Opimio, el que le cortó á Cayo la cabeza, sino que habiéndosela cortado otro, se la arrebató al que quiera que fue, y la llevó para presentarla: porque al principio del combate se habia echado un pregon ofreciendo á los que trajesen las cabezas de Cayo y Fulvio lo que pesasen de oro. Fue pues presentada á Opimio por Septimuleyo la de Cayo, clavada en una pica; y traído un peso, se halló que pesaba diez y siete libras y dos tercios; habiendo sido hasta en esto Septimuleyo hombre abominable y malvado, porque habiéndole sacado el cerebro, rellenó el hueco de plomo. Los que presentaron la cabeza de Fulvio, que eran de una clase obscura, no percibieron nada. Los cuerpos de estos y de todos los demas muertos en aquella refriega, que llegaron á tres mil, fueron echados al rio, y se vendieron sus haciendas para el arario. Prohibieron á las mugeres que hiciesen duelos; y á Licinia, la de Cayo, hasta la privaron de su dote; pero aun fue mas duro y cruel lo que hicieron con el hijo menor de Fulvio, que no movió sus manos ni se halló entre los que combatieron, sino que habiendo venido antes de la pelea sobre la fe de la tregua, y echádole mano, despues le quitaron la vida. Sin embargo aun mas que esto y que todo ofendió á la muchedumbre el templo que

en seguida erigió Opimio á la Concordia: porque pareció que se vanagloriaba y ensoberbecia, y aun en cierta manera triunfaba por tantas muertes de ciudadanos: asi es que por la noche escribieron algunos debajo de la inscripcion del templo estos versos:

La obra del furor desenfrenado
Es la que labra á la Concordia templo.

Este fue el primero que usó en el Consulado de la autoridad de Dictador; y que condenó sin precedente juicio, con tres mil ciudadanos mas, á Cayo Graco y Fulvio Flaco; de los cuales este era varon Consular, y habia obtenido el honor del triunfo; y aquel se aventajaba en virtud y en gloria á todos los de su edad. Opimio ademas no se abstuvo de latrocinios; sino que enviado de Embajador á Yugurta, Rey de los Numidas, se dejó sobornar con dinero, y condenado por el ignominioso delito de corrupcion, envejeció en la infamia, aborrecido y despreciado del pueblo, que por sus hechos cayó por lo pronto en el abatimiento y la degradacion; mas no tardó en manifestar cuánto echaba menos y deseaba á los Gracos. Porque levantándoles estatuas, las colocaron en un parage público; y consagrando los lugares en que fallecieron, les ofrecian las primicias de los frutos que llevaba cada estacion, y muchos los adoraban y les hacian sacrificios cada dia, concurriendo á aquellos sitios como á los templos de los Dioses.

Dícese de Cornelia haber manifestado en muchas cosas que llevaba con entereza y magnanimidad sus infortunios; y que acerca de la consagracion de los lugares en que perecieron sus hijos solia expresar que los muertos habian tenido dignos sepulcros. Su vida la pasó despues en los campos llamados Misenos, sin alterar en nada el tenor acostumbrado de ella. Porque gustaba del trato de gentes, y por su inclinacion á la hospitalidad tenia buena mesa, frecuentan-

do siempre su casa Griegos y literatos; y recibiendo dones de ella todos los reyes, y enviándose-los recíprocamente. Escuchábasela con gusto cuando á los concurrentes les explicaba la conducta y tenor de vida de su padre Escipion Africano; y se hacia admirar cuando sin llanto y sin lágrimas hablaba de sus hijos; y referia sus desventuras y sus hazañas, como si tratara de personas de otros tiempos, á los que le preguntaban. Por lo cual algunos creyeron que habia perdido el juicio por la vejez ó por la grandeza de sus males, y héchose insensata con tantas desgracias; siendo ellos los verdaderamente insensatos, por no advertir cuánto conduce para no dejarse vencer del dolor, sobre el buen caracter, el haber nacido y educádose convenientemente; y que si la fortuna mientras dura hace muchas veces degenerar á la virtud, en la caída no le quita el llevar los males con una resignacion digna de elogio.

Habiendo dado fin á la narracion, nos resta sacar consecuencias de la contraposicion de estas vidas. En cuanto á los Gracos, ni aun los que mas mal hablaron de ellos, y se mostraron sus mayores enemigos, se atrevieron á decir que no hubiesen nacido con la mejor índole para la virtud entre todos los Romanos, y que no se les hubiese dado una crianza y educacion correspondiente. La índole de Agis y Cleomenes parece que era todavía mas robusta y esforzada que la de aquellos; puesto que no habiendo recibido una esmerada educacion, y habiéndose criado en unos hábitos y costumbres que largo tiempo antes habian viciado á los que les precedieran, ellos sin embargo se constituyeron en caudillos de sencillez y frugalidad. Mas: aquellos cuando Roma estaba en el mayor esplendor de su dignidad, y era en ella grande la emulacion á las ilustres hazañas, se hubieran avergonzado de no admitir esta especie de sucesion de virtud patria y hereditaria; cuando estos, que habian nacido de padres avezados á lo contrario, y que encontraron su patria estragada y enferma, no por esto entorpecieron ni en lo mas mínimo su inclinacion á la virtud. En punto á desprendimiento y á integridad es ciertamente grande en los Gracos el que en sus magistraturas y gobiernos se hubiesen conservado puros de adquisiciones injustas; pero Agis se hubiera dado por ofendido de que redujeran su alabanza á no haber tomado nada de lo ageno, cuando habia dado á los ciudadanos su propia hacienda, que sin contar las demas especies de riqueza, solo en dinero montaba á seiscientos talentos. ¡Hasta qué punto tendria por malo el adquirir por medios ilícitos quien graduaba de codicia el tener mas que otro!